

Tejero, recluido en la prisión militar de Alcalá de Henares

MADRID. Junto con otros tres oficiales de la Guardia Civil, Antonio Tejero Molina, el cabecilla del asalto al Congreso, está en la prisión militar de Alcalá de Henares, donde ya había sido recluido durante un periodo de su arresto a raíz de la «Operación Galaxia». Hoy, como entonces, ha declarado que se encuentra cómodo en aquel «hotel», según él mismo confió a sus padres, que, residentes en Málaga, han recibido una llamada telefónica suya, la primera al cabo de varias semanas.

Nuestro corresponsal en Málaga, F. Acedo, dice que los padres del teniente coronel, aunque muy preocupados, afirman: «Está muy entero. Él nunca se pone triste por nada, ya que tiene un carácter eminentemente bueno, adaptándose a todo lo que ocurra.»

Por cierto, que los «fans» del insurrecto encarcelado exigen su libertad, a tenor de pintadas parecidas desde ayer en Madrid con la coletilla de «Arriba España». En zonas céntricas de Bilbao se leen frases como «José Antonio (sic) Tejero, te vengaremos» o «Ejército al poder»: incluso una especie de rótulo que reza: «Calle del teniente coronel Tejero», en la de Buenos Aires, y cerca de la sede de Fuerza Nueva.

De manera paulatina se van reuniendo evocaciones y testimonios, anécdotas personales, incidentes, en fin, de los secuestrados en el edificio del Congreso. Varios de esos testimonios coinciden en que el elemento más «duro» —el «hueso»— entre los asaltantes fue el teniente de la Guardia Civil Alvarez, cuyos modos diferían de los de su jefe, Tejero Molina, y de la mayoría de los guardias rasos. Estos trataron con relativa corrección a sus rehenes. Al diputado socialista y alcalde de Madrid, señor Tierno Galván, por ejemplo, le hablaron con respeto y le llamaron «profesor». Asimismo, se mostraron serviciales y comunicativos con los «prisioneros».

LA LECTURA, MAL VISTA

El señor Tejero no se dirigió personalmente al vicepresidente Gutiérrez Mellado, al ministro de Defensa, Rodríguez Sahagún; a Alfonso Guerra, a Felipe González (PSOE) ni a

Santiago Carrillo mientras permanecieron encerrados fuera del hemiciclo. Aunque sí visitó la sala donde a los recluidos —dice Europa Press— «se les sometió a una auténtica guerra psicológica». Adolfo Suárez, aislado de todos los demás, se vió impedido de hablar con nadie.

Acerca de las dotes intelectuales e idiomáticas —sobradamente conocidas merced a las múltiples grabaciones sonoras de sus órdenes, interjecciones, comentarios, etc., «recortes» literales a veces de determinada Prensa— del personal ocupante, baste citar que uno de los números arrebató airado al señor Puig Olivé (socialista catalán) el libro que leía, y pidió a los demás diputados que no leyeran.

BLAS PIÑAR, TACITURNO

Había curiosidad por saber cómo se comportó el diputado del Grupo Mixto don Blas Piñar López. Se sabe ahora que guardó un «silencio sepulcral», en palabras de Europa Press. A instancias de algunos guardias civiles, salió dos o tres veces del hemiciclo. Sus vecinos de escaño, lógicamente, le preguntaban cómo iba todo, y don Blas respondió: «Yo no sé nada. Pero, claro, vosotros no me informáis.» Los no informantes comentarían en broma: «Creemos que estaban intentando captarle para su causa.» Habría que añadir, siempre en clave de humor, que los insurrectos tampoco andaban muy «prácticos» en aritmética parlamentaria.

Nadie acaba de comprender, es cierto, la relativa facilidad con que el pelotón de guardias civiles al mando de Tejero franqueó la entrada al Congreso. Sin embargo, todo fueron obstáculos para el acceso a la Cámara del representante socialista por Granada don José Vida Soria, quien nada más conocer el incidente tomó el primer avión desde la capital granadina para unirse a sus compañeros en el infortunio.

A lo largo del camino hacia las Cortes todo el mundo —taxistas, guardianes del Congreso, e incluso el general Prieto, de la Guardia Civil— quería disuadirte de su empeño. Prieto le portaba: «Hombre, Pepe, no entres, que no se sabe lo que puede pasar ahí dentro.» Vida Soria, erre que erre, y Prieto insistiendo: «¡Si te van a matar, te van a matar lo mismo fuera que dentro!» Al final, logró ocupar su escaño.

CISNEROS: EL TEMPLE DE UN ENFERMO

De los enfermos evacuados del Congreso hay que resaltar el inapreciable servicio del centrista Gabriel Cisneros. «Gabi», conducido en ambulancia al Hospital Provincial, pidió llamar —desde la UVI— a la Comisión de Subsecretarios, para transmitir un mensaje del candidato Calvo-Sotelo instándoles a que desistieran, dada la grave situación dentro del Congreso, de una «operación rescate», que podía tener consecuencias aún más dramáticas y crueles. El principal intermediario entre Calvo-Sotelo y Cisneros fue el citado doctor Fuejo. En medio de tanta confusión y la ausencia total de contactos, la figura de Cisneros —por fortuna ya recuperado— adquiere la grandeza del heroico mensajero de Marathon.